

El horóscopo envenenado

El amable lector de los presentes infolios no desconoce ya que nuestros enemigos más obcecados y grandilocuentes son exteriores, y que es la obscenidad de la envidia lo que con depravada pudicia cubren con un manto de odio cuando nos infieren esas sucesivas críticas que nadie les demanda y que motivan la irrisión de nuestras autoridades supremas en todas y cada una de las Sesiones de Recapitulación Interministerial, en cuyo orden del día el primer punto es siempre el dedicado a los Minutos de Risa ante la Exasperación Foránea (MREF). Así, entre sanas risas, comienzan tradicional y alegremente las sesiones dichas, excepto cuando —muy escasas veces— el desvarío no nos agrade desde fuera, por lo que Jefatura inicia entonces sus sesiones de manera ceñuda, en prueba de su preocupación, pues no es igual afrontar la maldad de los lejanos que el sabotaje de los propios: cuando esto último acontece, los minutos de risa se postergan y son sustituidos por el requerimiento y examen de cuanta información haya logrado reunir la policía en torno a los desmanes de los delincuentes de aquende, los cuales —delincuentes—, en la ocasión que relata el presente informe, fueron hallados culpables de la redacción, impresión y difusión clandestina de un horóscopo envenenado.

Los primeros indicios de la maniobra de desconcierto contra la ciudadanía, desconcierto que en la mente frenética de los subversivos se consideraba el primer paso de una estrategia que habría de conducir al golpe de Estado, consistieron —los indicios— en el hecho de que en sólo dos días el índice de suicidios, violaciones, asesinatos y sustracciones alcanzaron una cifra no sólo desacostumbrada sino también indecorosa y asimismo merecedora de la alarma de Jefatura, la cual —Jefatura—, en el uso legítimo de los poderes que le confiere la Constitución, demandó de las Brigadas de Comisarios y Psicólogos Conductistas (BCPC) la búsqueda de los culpables y el análisis de los sucesos. Los sucesos, como establecido ha quedado, fueron diversos miles de robos practicados con gran variedad —escalo, nocturnidad, desprecio de sexo, premeditación, burla, velocidad indebida, intimidación, acompañamiento de injuria, abuso de sorpresa, ensañamiento, etcétera—, los cuales —robos—, sobre los agravantes señalados, significaron preponderantemente un atropello de tal magnitud a la propiedad privada que ya no podían ser considerados como meros hurtos, sino como amena-

zas revolucionarias, lo que decidió la intervención de Jefatura. Los sucesos, asimismo, fueron otros igualmente diversos millares de violaciones efectuadas con una igualmente variedad preocupante: con desgarramiento de braga, con desgarramiento de sostenes, con mordisco feroz en el cuello de la degradada, con ofensa de recto, con irrespeto a zona hemorroidal, con manoseo soez, con poda brusca de vello púbico, con lesiones sangrantes, con hematoma en cara interior de muslo, con disminución de cabellera mediante puñados de furiosa lujuria, con introducción de lengua sin consentimiento, con acompañamiento de expresiones irrespetuosas, con agravante de baba untada en zona pudenda, con amenaza de arma blanca, con eyaculatio praecox y consiguiente provocación de ansiedad en la víctima, con repetición, con exceso de grosera felicidad, con horrendo quejido de placer, con infamia a pezón, con descortesía, etcétera: todo lo cual, unida a la ya mencionada elevación del número de las mismas —violaciones— por sobre las previsiones estimadas, indujo al Departamento de Racionamiento del Placer a sospechar que tanta ofuscación no podía sino ser consecuencia de un plan trazado por agitadores políticos, los cuales —agitadores— embaucado sin duda habían a abundantes varones, de suyo candorosos, pero ahora convertidos en irrespetuosos sementales por mor de la astucia manipulativa de un puñado de conspiradores. Los sucesos, asimismo, fueron un número de crímenes demasiados de suyo, así como en exceso variados, que ni la cantidad era razonable en tan corto espacio de tiempo, ni tanta variedad —con arma de fuego, con arma blanca, con piedra sobre cráneo, con martillo sobre igualmente cráneo, con férreas manos en delicada tráquea, con almohada persistente sobre boca anhelante, con embestida automovilística, con pisotones perseverantes sobre cráneo y vientre, con empujón sorpresivo por ventana elevada, con cantidad brutal de arsénico, con inmersión no consentida en bañera previamente colmada de agua, con cinturón de albornoz inclementemente rodeador de frágil garganta, con agravante de lesiones previas, con agravante de previa violación, con agravante de nocturnidad, premeditación, desprecio de sexo, etcétera— debía en buena lógica —la variedad— inducir sino a la deducción de que, si una comunidad apacible se entregaba a semejante falta de respeto a la vida humana, ello tenía que ser debido a una maniobra de desestabilización psicológica ideada por una pandilla de elementos iluminados por la subversión: lo que indujo a Jefatura a movilizar a los Escuadrones de Policía Política del Estado a la busca y captura de los subversivos citados. Y finalmente, los sucesos, asimismo, fueron otros igualmente millares de suicidios que no sólo rebasaron la cuantía de autoaniquilación previamente estimada por nuestro Departamento de Psiquiatras para el Análisis y Cálculo Premonitorio de Ejercedores de un Mal Entendido Libre Albedrio (DPACPEMELA), sino que, por su asombrosa variedad —horca mediante viga o rama de árbol, ingestión de medicamentos antidepresivos de venta no autorizada sin receta facultativa, pistoletazo en cavidad bucal, disparo sobre región cordial, obstrucción del espacio reservado a locomotoras al paso de las mismas, precipitación sobre abismo geológico o urbano, mana de sangre proveniente de venas de antebrazo, ingestión de lejía, gol-

peamiento obcecado de cráneo contra muro, huelga de hambre, enfrentamiento insensato con los osos del bosque, cruzamiento insensato por paso de cebra en hora de tráfico fuertemente apremiado, provocación deliberada a la policía del orden ciudadano, contemplación persistente de foto de amante en lejanía definitiva, inhalación de gas, inhalación avariciosa (compulsiva) de smog, etcétera—, los ya dichos suicidios apuntalaron la sospecha de Jefatura de que una inteligencia desconcertadora había en efecto desconcertado al común de diabólico modo hasta inducirlo a los excesos de la violación, el robo y el asesinato e incluso a declinar vivir: lo que bastó para que Jefatura, con prudente cólera, ordenase buscar, bajo las piedras si necesario fue, y prender, sin más diligencia que la diligencia misma, a los delincuentes políticos.

Tras una investigación prodigiosamente bien coordinada por los Comisarios de Archivo (CA) y la Policía de Asalto (PA), un batallón de dicha policía acordonó un barrio, peinó casa por casa, derribó puertas, disparó al aire e irrumpió finalmente en el odioso domicilio donde moraban las cuatro hembras y tres varones que constituían el grupo de envenenadores de la opinión pública, los cuales siete monstruos, en el momento de su detención, celebraban una orgía sexual de tal promiscuidad que, francamente, sólo ella —la orgía— ya los descalificaba como miembros de una comunidad mesurada y delataba en ellos —la orgía— un destino subversivo irreparable, esto es, sin más reparación que el castigo letal, como después advino —el castigo—, y ello porque los interfectos no sólo eran culpables de la asquerosidad mencionada —la orgía—, en la cual no faltaban drogas alucinógenas y otros utensilios erotómanos de diversa e incluso sorprendente fabricación, como ser plumas suaves, inciensos, postales pornográficas, colchones de agua, música de enervante romanticismo (hasta cuatro guitarras requisaron las autoridades), sino culpables asimismo de la redacción, como se dijo, la impresión y la difusión clandestina de un horóscopo envenenado, horóscopo del cual fueron hallados en el depravado domicilio miles de ejemplares sobrantes que aún, por fortuna, los desalmados no habían tenido oportunidad de ofrecer a la inocencia de la ciudadanía.

Obligados que fueron los transgresores a cubrir con ropajes sus impudicias y sus humedades, requisados los ejemplares del horóscopo envenenado como prueba testifical, fueron —los transgresores— conducidos, no arrastrados del pelo ni a empujones, como de forma aviesa diría luego un rumor incontenible pero falso, hasta las mazmorras de Jefatura, en donde quedarían hospedados por separado, en evitación de aproximaciones deshonorosas y en beneficio de la perfección del careo, mientras que los medios de comunicación del Estado cortaban de raíz los excesos de la oleada de robos, violaciones, crímenes y suicidios mediante la proclamación de la detención de los envenenadores de mentes candorosas y desprevenidas, así como mediante la difusión del hediondo texto del horóscopo subversivo, difusión que, al ser ahora no clandestina sino efectuada y debidamente comentada a la baja por Jefatura, no sólo no continuó provocando desgracias, sino que, como queda dicho, sirvió —la también dicha difusión estatal— para que el documento envenenado se transformase en mensa-